

RELATOS DE YO, EL OTRO  
YO, Y TODOS LOS ÉL

A. J. BOZINSKY



**Álvaro Bozinsky. 2026. Todos los derechos reservados.**



## Prólogo

Los relatos reunidos en este volumen tienen algo en común: todos giran alrededor de una sospecha. No una sospecha policial ni estrictamente racional, sino esa inquietud más profunda que aparece cuando la realidad cotidiana empieza a mostrar fisuras.

En estas páginas encontramos hombres que creen descubrir conspiraciones imposibles, identidades que se desplazan como si la persona fuera una prenda intercambiable, héroes que no encuentran lugar en un mundo que prefiere el espectáculo antes que el prodigio, y artistas cuya relación con la obra se vuelve un territorio ambiguo, casi peligroso. En cada caso, lo que parece absurdo o grotesco termina señalando algo incómodamente cercano.

A. J. Bozinsky trabaja aquí con materiales muy diversos: la paranoia contemporánea, la sátira mediática, la metafísica de la identidad y una ironía que oscila entre lo cómico y lo inquietante. Sus narradores suelen hablar desde los bordes: desde la confusión, la sospecha o la revelación tardía. Pero justamente desde esos bordes es donde la realidad se vuelve más visible.

Los cuatro relatos de este libro pueden leerse como pequeñas variaciones sobre un mismo problema: la fragilidad de lo que creemos ser. Yo, el otro yo, y todos los él no son solamente figuras retóricas, sino máscaras que se intercambian, se superponen o se derrumban. Y cuando eso ocurre, el mundo —que parecía tan estable— comienza a mostrar un rostro distinto.

Tal vez ese rostro sea grotesco. Tal vez sea ridículo. O tal vez sea el verdadero.



## Sumario

<b>TODOS QUEREMOS SER COMO ÉL.....</b>	<b>9</b>
Hacia la rampa.....	11
Advertencia.....	11
Después de la lluvia.....	11
El hombre que era un chiste.....	14
Estúpidos programas de T.V.....	14
Levantando un Vauxhall de 1938.....	15
Cuidado: el público decide.....	16
Acción.....	18
Los primeros hombres-ranas.....	18
Mantra para el despertar.....	19
No solo con los puños entienden los malos.....	20
Epílogo.....	21
Nuestro héroe.....	21
Educando a la nación para ejemplo del mundo.....	22
<b>USURPADOR.....</b>	<b>23</b>
1. Con chapa de escribano.....	25
2. Hogar, tétrico hogar.....	26
3. Ella.....	28
4. Sepultura de jardín.....	29
5. Paisajes celestes.....	30
6. En el cuerpo del escribano.....	31
7. Desde la escuela a casa.....	32
8. El puente.....	33
9. En la mente del escribano.....	34
10. La sagrada familia.....	35
11. El despacho.....	36
12. Delicadas existencias.....	37
13. El sueño de los justos.....	38
14. Una nueva identidad.....	39
<b>YO CREÍA QUE ERA ÉL.....</b>	<b>41</b>
1.....	43

2.....	45
3.....	46
4.....	47
5.....	50
6.....	52
7.....	53
8.....	55

**MI NEGOCIO ES EL ARTE.....57**

Advertencia primera.....	59
Advertencia segunda.....	60
Introito longo.....	61
Opus.....	64
Epílogo exiguo.....	66

TODOS QUEREMOS SER COMO  
ÉL



# Hacia la rampa

## ***Advertencia***

Esta parte introductoria puede resultar algo confusa. Pero quería conservar lo mejor posible cómo fueron mis pensamientos, mis emociones y acciones en aquel terrible momento. He tratado de ser fiel, pero a veces las reglas de la narrativa se imponen fríamente para que el texto tenga sentido. Ahora que se conoce, no creo que sea necesario especificar cuál fue el gas actuante.

## ***Después de la lluvia***

Parecía como si hubiera llovido durante trescientos años. Cada vez que veía esas naves ultramodernas haciendo dibujos en el cielo, no podía evitar malos presentimientos. Es que uno ata cabos y rabos con la información que ha ido acumulando... Había que ser demasiado tonto para no sospechar nada.

Cuando escampó, salí de casa. Los nubarrones se disolvían bastante rápido. Por supuesto, no podían ser naturales. Nosotros, les decíamos “los tipos”. No a los nubarrones, sino a los que estaban detrás, orquestando los fenómenos. Siempre supe que los tipos estaban tramando algo grande. Nosotros, que no nos comíamos los cuentos del gobierno, lo teníamos bastante claro. ¿Pero quiénes eran esos tipos? Caminé con precaución por las calles de adoquines cubiertos de lodo. Esta vez, sí que la habían hecho bien.

A poco de andar, me topé con un hombre-rana. Nosotros, que podríamos llamarnos “los dispersos”, no teníamos ninguna duda. Pero, en el fondo, ¿qué querían? Pensaba que se habían extinguido, me parecía haberlos visto sólo en enciclopedias, o acaso en historietas, pero habían vuelto. Estaban allí, y no era para ayudar a la policía como nos querían hacer creer. Nos controlaban. Me detuve a examinarlo. ¿Más poder? ¿Organizar un gobierno mundial? ¿Embarcarnos a otro planeta para comernos como platos exóticos? El cuerpo parecido al de un hombre robusto, tenía las extremidades de un batracio; era de color verde intenso, pero con el musculoso vientre más claro; el pico medía casi medio metro y me recordaba a Thot, el dios egipcio con cabeza de ibis, pero de aspecto terrible; sus ojos negros, vidriosos, miraban a los costados, abajo, al cielo con algunos retazos grises; con su diestra de dedos terminados en ventosas, aferraba el extremo de una especie de báculo que tanto podía dar descargas eléctricas, como atravesar un corazón. Seguramente, ellos no eran los tipos, pero les servían. Habría que matarlos. Nosotros, los dispersos, los que apenas nos comunicábamos. Habría que matarlos a todos.

Vi un grupo de personas y les grité. No me hicieron caso. Corrí tras ellos y les pregunté si habían visto las naves, los chorros y los hombres-ranas en las esquinas. No me contestaron. Entonces, tenía razón. No podía ser otra cosa que una sustancia que los dejara estúpidos. Aquellos aviones ultramodernos, cuando no repartían enfermedades, regalaban idiotez. A veces, yo mismo trataba de acusarme de paranoico. Y sospechaba que aunque me sintiera perfectamente lúcido, podría estar muy enfermo. Pero allí estaba la evidencia. Antes de mí, ya lo habían anunciado las revistas que, misteriosamente, se habían encargado de hacer desaparecer. Al principio, como recordarán, todo lo que hiciera mención a los tipos, desaparecía. No había posibilidad de error. ¡Cuánto le debíamos a “Mundo Desconocido”!

Los sacudí, y siguieron caminando como si no existiese. Creo que un hombre-rana empezó a seguirme con la mirada. El presidente, senadores y diputados, intendentes, directores, funcionarios en general. ¿Quién era quién? Falanges de sonámbulos se reunían en una larga cola ante la rampa que de improviso se erigía en el centro de la plaza pública. Gente común y corriente, vecinos, amigos y familiares. ¿En quién se podía confiar? Policías y militares, periodistas, médicos y enfermeras, cualquiera. Se escuchaba un silbido continuo. Compañeros de trabajo, amas de casa y en definitiva, cada civil o no, desde el magnate hasta el mendigo... ¿Quién era quién?

Propinando codazos entre la masa de rostros inmutables que avanzaba a pasos uniformes, llegué hasta una escalera de grandes proporciones que comunicaba con la rampa. Ascendían los durmientes, al tiempo que el silbido se hacía más ronco, hasta tornarse ensordecedor. Debía hacer algo para despertarlos. De buenas a primeras, las piezas habían calzado y el puzle estaba resuelto. Sólo faltaba conocer los detalles de lo peor. ¿De qué forma, los seres humanos, seríamos convertidos o exterminados? Los dispersos, los cada vez menos, lo sabíamos. Gracias a tantos y tantos investigadores, editores osados y gente despierta por los rincones del mundo que habían sido silenciados, ya lo sabíamos. Con dudas o plena certeza, sabíamos que algo así iba a pasar.

Sol ardiente en el cielo despejado, apelmazamiento y estupor, todo se confabulaba para detenerme. Si al menos viera a alguien de los míos. Qué falta nos hacía un Andreas Faber Kaiser, o André Malby, o Salvador Freixedo. Doblando esfuerzo y tenacidad, me sobrepuse a los mareos y náuseas, pudiendo atisbar por encima de los que me precedían.

Ya era demasiado tarde. No podía saber del resto, pero este rincón del mundo estaba en sus manos. El fragoroso silbido obedecía a las turbinas de una soberbia nave tornasolada, cuyas puertas abiertas como élitros de un escarabajo, recibían lotes de disciplinadas personas que iban ocupando sus asientos. Conocía unas cuantas teorías, a cada cual más sombría. Nos transformarían en ellos, o se meterían en nosotros, o secuestrarían nuestras almas, o iríamos a pastar en sus campos como vacunos. Pero el trabajo más pesado, no lo habían hecho los tipos solos.

Sentado el último pasajero, se cerraron las puertas, un fregonazo recorrió la rampa, sonó un estampido, una ráfaga de viento azotó cabelleras y vestidos. Tenía que tranquilizarme. No sabía cómo, o durante cuánto tiempo podría esconderme. Primero, dejaría de levantar sospechas y me escurriría de la atenta mirada de los hombres-ranas. Quedó lugar para una nueva nave.

El próximo lote me incluía. ¿Por qué había llegado hasta allí? Empecé a pensar que, aunque en parte fuera dueño de mis pensamientos, mis movimientos respondían a una voluntad ajena. Acaso en las mentes de los humanos que estábamos allí, los individuos creíamos movernos con libertad, guiándonos por nuestros propios pensamientos; tal vez, en realidad, sólo éramos una masa con falsas creencias y una fuerza de voluntad ausente, o intervenida. Antes estaba presuroso por subir; ahora, por bajar. Recién ahí, creo que empecé a ser consciente de la verdadera magnitud del engaño. Los que venían detrás, por inercia me empujaron al final de la escalera, donde una plataforma auxiliaba en el reparto de los mudos pasajeros. Los tipos, todas las instituciones, educación y religión, intelectuales y místicos, apenas eran hilachas que hacían entrever la mentira cósmica.

La última nube opacó la luz enceguedora en el cenit. Entonces, los vi. En el extremo opuesto, donde se hallaría la cabina de mando de la nave, dos hombres-rana se demoraban en entrar. Pero las monstruosas cabezas de agudos picos, que a mí tanto me recordaban a Thot, en vez de apoyarse sobre sus hombros, ceñidas por los brazos al costado del cuerpo, descansaban como máscaras de carnaval. Eran dos hombres que charlaban y fumaban. Eran dos hombres iguales a mí.

Cómplices, traidores, secuestradores del elevado destino del hombre, seres devenidos en hienas miserables al servicio de quién sabía qué. Si antes había doblado mi voluntad, en mi huida la tripliqué. Aunque en el momento de agonía podrá parecer la peor tortura, ojalá que nunca nadie pierda la esperanza. Ser libre, ser íntegro, tener el poder de un gran destino, supera la inteligencia de cualquier plan macabro. Abrí camino tumbando filas de autómatas, de congéneres a punto de ser vaciados de sus esencias, hasta que abandoné la plaza y, por fin, pisé las calles solitarias donde el lodo se iba secando.

Faltando poco por llegar a casa, unas ventosas repugnantes se adhirieron a mi hombro. Un hombre-rana me atravesaba con sus ojos negros, y me indicaba con el puntiagudo báculo, hacia dónde me debía dirigir. Qué debilitada nobleza, el llegar a obedecer a execrables animales. No me importaba morir. Tampoco quería que me mataran. Es cierto que en mi estado, pese al renacer de mi voluntad, no podría haber resistido gran cosa.

Salté encima intentando arrebatarme el arma, y nos trabamos en lucha desigual. La rana inmunda tenía una fuerza descomunal... Pero creo que ahora es el momento de contar lo importante.

# El hombre que era un chiste

## ***Estúpidos programas de T.V.***

Recordarán un programa de televisión muy popular, que se transmitía los domingos de tarde en un extenso horario. Éramos inocentes y lo mirábamos. Entre tandas publicitarias, los entretenimientos eran muy variados e incluían competencias con obstáculos, participación de famosos, nuevos talentos musicales y, al final, lo más esperado se enfocaba en personas con habilidades extraordinarias.

Ese domingo era frío y lluvioso. Nadie tenía cosas mejores que hacer, que mirar televisión. Equipos de diferentes colores, corrían con trajes incómodos y absurdos, trepaban por palos enjabonados, tambaleaban por suelos movedizos, saltaban entre flotadores o se caían al agua, y luchaban como gladiadores con armas de espuma de polietileno; un cantante de baladas muy conocido, interpretó sus obras en el piano con gracia y buen uso de la profesión, para luego explayarse con soltura en una entrevista; un niño tocó una guitarra diseñada para su tamaño, cantó canciones folclóricas, y bailó hasta que tuvieron que pedirle que se detuviera; antes de conocer a los invitados para el cierre, se mostraron grabaciones hechas con antelación, en donde se mostraban sus excepcionales cualidades.

La primera, mostraba una mujer mulata y su asistente de menor estatura, vaya a saber por qué en bikini dorado y frac respectivamente, con una bolsa de botellas y un martillo. Respondió a preguntas jocosas, confirmando lo que se sospechaba: aquella persona comía vidrio. No tardó en pedirle un paño y el martillo al asistente, y ella misma se encargó de hacer añicos el contenido de la bolsa. Luego, como quien disfruta un postre de fruta abrigada, comenzó a masticar y tragar los trozos de botellas. Si pensaron que de aquella boca vidriosa iba a manar sangre, se equivocaron. Las mandíbulas trajinaban, la lengua entraba y salía, los dientes partían trocitos y, con un rápido movimiento de cabeza como el que se hace para tomar una aspirina, la mulata infernal se fue echando la bolsa al colete. Evidentemente, aquello no podía ser vidrio.

La segunda era de un hombre disfrazado de faquir en una plaza pública. Era muy viejo, o había acudido al maquillaje para parecerlo, apelando a una falsa igualdad entre vejez y sabiduría que le proporcionara una impresión favorable. Hacía gestos extraños y simulaba no entender bien el idioma. Cuando el reportero se cansó de

monosílabos, gritos y mudras, le dio a entender que hiciera lo que tenía que hacer para ganar un premio y competir hasta la finalísima. Entendido el mensaje, el faquir dio un salto apoyándose en su báculo y se sentó en el aire. Los ropajes impedían desentrañar el artificio. El reportero pasaba la mano por debajo del levitante, confirmando el milagro. No me hubiera sorprendido, si en un pronto estado de éxtasis, el farsante no hubiese soltado el palo permaneciendo inmóvil en el aire.

La tercera se ambientaba en un café. Alrededor de una mesa con un mazo de naipes en el centro, dos adultos y un niño estaban servidos con pocillos de expreso y macchiato. Con la risa del padre, el niño confirmó al reportero que era adicto al café con leche. Si ganaba la finalísima, se gastaría el dinero en macchiato y medias lunas de jamón y queso. Como no le gustaba hablar de lo que no le importaba, el pequeño se dispuso a ejecutar su función. Consistía en memorizar las cuarenta y ocho cartas de la baraja española en el orden en que se las presentaran, y repetir verbalmente el contenido de su memoria hasta en el orden más rebuscado. La prueba fue de lo más aburrida, pero no menos prodigiosa. Si el rey de oro había aparecido decimotercero, allí estaba en su memoria; si el dos de copas había sido el penúltimo, en menos de un segundo lo recordaba; el as de espadas había quedado en mitad del mazo, y no en otro lugar. El niño era un genio, o quizás, un monstruo.

La cuarta, que es la que sí importa...

## ***Levantando un Vauxhall de 1938***

El telón de fondo se componía de pilas de automóviles destinados a chatarra. Cercanos a la cámara, otros cadáveres aún admitían la extirpación de alguna pieza. En el centro, se hallaba el cronista y un hombre especial.

Tenía un corte de pelo muy prolijo, inamovible por la cantidad de fijador que conservaba las rayas del peine, y le remataba el jopo en tirabuzón. La frente clara y los ojos equilibrados, hablaban de una persona ecuánime; los pómulos bien delineados transmitían fortaleza; un fisonomista, podría haber dicho que el mentón indicaba una vitalidad fuera de lo común. El cuello justamente proporcionado, tenía la potencia de un toro; hombros, pecho y bíceps redondeados, parecían hechos de acero; los músculos abdominales se revelaban a través de la tela; cuádriceps y pantorrillas, lo plantaban al suelo como un roble. La vestimenta era por demás curiosa. Lucía ajustadísimo leotardo azul, del cual sólo se libraban los puños y la cabeza; una "S" roja sobre fondo amarillo encerrada en un diamante, era el emblema que ocupaba la parte alta del torso; a un calzón ancho en el mismo tono de la "S", lo ceñía un cinturón de hebilla ovalada; calzaba botas de caña alta, sin tacón, que combinaban con la capa roja que le cubría hasta el hueco poplíteo.

El cronista preguntó qué era lo que se proponía hacer, a lo que el hombre respondió que levantaría un automóvil con sus manos.

—¿En serio?

—A veces bromeo. Pero esto es cierto.

—Tengo que verlo para creerlo.

—Entonces, hágase a un lado.

El cronista se corrió, y el camarógrafo desplazó el plano hacia la derecha. Un viejo Vauxhall del 38, de color verde pino, esperaba por la hazaña. No estaba mal cuidado, no para ser chatarra. Incluso los cromados aún brillaban; los focos delanteros estaban sanos y parecían dos enormes ojos de un animal expectante; uno de los guardabarros estaba abollado, las ruedas desinfladas y...

¡Ascendió! Se elevó en el aire como el faquir lo había hecho antes. Sólo que no levitaba. Tal como había dicho el forzudo, aquel portentoso vehículo de una tonelada y media, había sido levantado por sus manos. ¿Sería humano aquel hombre?

—¿Conforme? Si quiere, puedo sostenerlo el tiempo que sea necesario.

—¡Dios mío!

—¿Es que me creerán algún día?

El cronista se desvaneció. Antes que cayera, el hombre increíble arrojó a lo lejos el automóvil, y alcanzó a tiempo al desmayado. Hubo un estruendo de fierros y vidrios rotos. Aquel pobre Vauxhall merecía un destino mejor.

## ***Cuidado: el público decide***

Fueron apareciendo en el mismo orden en que habían sido presentadas las grabaciones fuera de estudio. Realizarían sus proezas ante una platea compuesta por un centenar de invitados, y las cámaras que transmitirían en vivo para todo el país.

Con la misma indumentaria y herramientas, ingresaron la mulata y su asistente. Sonreían y saludaban, ella mostrando sus enormes dientes blancos masticadores de vidrio, él haciendo reverencias sin quitar protagonismo. Cumplidas las presentaciones de rigor más algún chiste del conductor, se dispusieron a romper y comer botellas. Pero antes, algo salió mal y la mujer se cortó un dedo mostrando sangre en primer plano. Hubo que detener el espectáculo. No tardaron en aparecer un médico acompañado por una enfermera, quienes procedieron a examinar el corte. No era profundo, así que lo curaron y vendaron de inmediato. En su momento me pareció auténtico, pero ahora que lo pienso mejor, debió ser parte de la actuación.

Con el paño cubriendo la bolsa, tomando los mayores recaudos, rompieron botellas a martillazos. La mulata extrajo un trozo y se lo ofreció al conductor, quien lo rechazó enérgicamente.

—Seré tonto, pero no como vidrio.

Cuando terminaron, las cámaras mostraron un público que alternaba aplausos con caras de incredulidad y hasta algunos abucheos.

El faquir entró agradeciendo según sus exóticas costumbres. Se inclinaba como atacado por calambres, hacía sonar la lengua entre los dientes dando grititos, y seguramente bendecía con mudras. Intenté hacer lo propio, pero ni siquiera el saludo vulcano de Spock, podía salirme bien.

Antes de que se lo pidieran, chasqueó las yemas de los dedos, inhaló y exhaló con fuerza y a ritmos regulares, hasta que soltó el aire por completo y se elevó a veinte centímetros del suelo. Las cámaras lo mostraban desde todos los ángulos. No había truco.

Fue ovacionado.

Muy tímido, el niño entró caminando de la mano de su papá. Éste lo soltó para que fuera solo hasta el centro del escenario, donde lo estaba esperando el conductor con una paleta de azúcar coloreado. El pequeño artista de los números y la memoria despreció el obsequio, respondió con monosílabos, y confirmó que soñaba ganar el gran premio final. El cerebro, la mente, el funcionamiento de estos misteriosos aparatos, puede ser fascinante, pero también aburrido. Yo prefería las cosas simples y espectaculares, cuando no escandalosas, debo admitirlo. El show del párvulo con su baraja española, con la memorización de números y palos, órdenes ascendentes y descendentes, me aburrió en absoluto.

Cuando volví al televisor, lo estaban ovacionando más que al faquir.

El último participante, hizo su entrada triunfal a través de una cortina de humo. Ventiladores ocultos, hicieron flamear su capa entre fanfarrias. La luz circular de un foco, lo cubrió con una aureola de semidiós.

El conductor que no era bajo, miró hacia arriba para encontrar su mirada y acercarle el micrófono. Después de preguntas introductorias, se animó:

—¿Y para qué le sirve tanta fuerza, en una época en que las máquinas se encargan de hacer el trabajo pesado?

—Utilizo la fuerza en mi lucha personal contra el mal, y en defensa de los oprimidos.

—¿En serio? ¿No hay acaso poder judicial y policía?

—Temo que a veces no alcanza.

—Bien amigo, no lo voy a contradecir... ¿Cuál va a ser la demostración que nos ofrecerá, para conseguir el pasaje a la siguiente etapa?

—Simple.

El forzado caminó hacia una enorme cámara, se agachó hasta agarrar una de las ruedas donde se apoyaba el trípode, y la levantó junto al camarógrafo que cayó de espaldas. El enorme peso, desde una posición imposible, ¡había sido alzado con una sola mano!

Cuando salí de mi estupefacción, me di cuenta de que, curiosamente, el público había empezado a abuchearlo y a tirarle objetos. El conductor trataba de calmar los ánimos. Se dirigió a los más enfebrecidos, que le exigían hablar por su micrófono. Uno de los desafortunados se lo arrebató, y exclamó que aquello era pura farsa. Ya Copperfield había hecho desaparecer la estatua de la Libertad, así que lo demás eran mamarrachos.

Luego de recuperar su micrófono, el conductor se puso a buscar al mísero ilusionista de capa roja y leotardo azul. Pero había desaparecido. Sin embargo, una de

las hermanas que aparentemente había sido levantada de golpe, sin esfuerzo y con una sola mano, captó una figura fugaz, perdiéndose por los pasillos.

## Acción

### *Los primeros hombres-ranas*

De pronto, dejé de sentir la repugnante pata del hombre-rana sobre mi pecho. El aire volvió a circular por mis pulmones, y me incorporé apoyándome sobre los codos, quizás, como alguien tendido sobre la arena de una playa. Pero no era para tomar sol, sino para contemplar las imágenes que en principio me colmaron de pánico, aunque después me fueron sumando valor.

El hombre-rana se sacudió el aturdimiento provocado por el empujón, y saltó hacia quien lo había empujado decidido a trabarse en lucha. Cualquiera puede enterarse por sí mismo, de la grandiosa velocidad a la que acude la memoria. No es misterio que, sucesos acaecidos hace varios años, se presentan en un instante, como si los hechos recién se hubiesen producido. El empujador, no era otro que el formidable forzudo que había escapado de las cámaras de televisión, llevándose por premio sólo escarnio y humillación. ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué había regresado en tales circunstancias? Muchos ya lo sabrán. Para aquellos que no, esto va dirigido. El hombre-rana, ser asqueroso pero no carente de cierta valentía y sentido del deber, terminó sus días ante un soberbio puñetazo del hombre de capa roja. Su cabeza fue arrancada de cuajo. Entonces, aproveché para quitarle el arma que aún sujetaban sus dedos con ventosas.

—Amiguito, ¿estás bien?

—Creo que un poco aturdido.

No terminé de contestarle, cuando aparecieron dos compañeros del decapitado, mucho más grandes, blandiendo sus armas mucho más poderosas. Los rayos que le tiraron, rebotaron quemando el suelo. En un instante, así como dije que acudía la memoria a nuestra conciencia, los enemigos fueron decapitados por sendos puñetazos. Esto me animó sobremanera. La sola cercanía de este superhombre vestido de azul y

rojo con un diamante amarillo en el pecho, también aguzaba la inteligencia. No tardé en cambiar mi primera arma, por una de aquellas lanzadoras de rayos. Muy pronto comenzaría a utilizarla, perfeccionándome en su manejo y causando estragos en el enemigo. Yo nunca había peleado, mas tuve la gloriosa oportunidad de convertirme en soldado.

## ***Mantra para el despertar***

Si no los hubiera visto venir corriendo a largas zancadas desde la plaza, hubiese dicho que los malditos se multiplicaban como aquel monstruo mitológico cuyo nombre no recuerdo, y que al ser abatido resucitaba duplicado. Cuatro hombres-ranas rodeaban a mi salvador, y ocho o más venían en camino. No era mucho lo que podía hacer, pero nunca fui cobarde. Con mano temblorosa, apunté lo mejor que pude, y pulsé el botón del arma disparadora de rayos hasta sobrecalentarla. Al menos, algún sirviente de la injusticia quedó lamiendo el suelo. Mientras tanto, el héroe había empezado a girar, cobrando mayor velocidad a cada instante. Y cuando los enemigos se dispusieron a asaltarlo, más que trompo un tornado, giró en derredor desparramándolos como si fueran bolos.

Cuando terminó con ellos, me miró con una sonrisa de agradecimiento, acaso mi intervención hubiese sido decisiva.

—Te conozco.

—Gracias, amiguito. Pero estamos demorando demasiado. El acarreo de reses debe parar.

Giró nuevamente, pero esta vez más despacio. Luego, con un formidable salto vertical esparció un grito, un sonido, un mantra en todas direcciones. Me recordaba la voz de Tarzán. Johnny Weissmüller llamando a todas las criaturas de la selva, con matices más profundos, ensordecedores, pero a la vez hermosos.

Un vivaz hormigueo recorrió mi cuerpo, y empecé a sentirme liviano, quizás, como aquel faquir de la televisión; invulnerable, como la morena que tragaba vidrio; con la mente clara del niño que memorizaba cartas; más fuerte que todo, igual a nuestro liberador. Ya nada me detendría. Iría en pie de guerra, repartiendo rayos contra las bestias asquerosas y sus cómplices, verdadera lacra que hasta ese día nos subyugaba.

## ***No solo con los puños entienden los malos***

No era solamente yo quien había despertado del letargo, o de la más pura inconsciencia. El grito sublime del Gran Hombre, había conseguido alzar a mis hermanos. En un instante, de haber caminado como vacas por corrales, o de ser ovejas sometidas, nos convertimos en el fiero león que desprecia el látigo, que tira el zarpazo y no erra, que cuando le ponen la cabeza en sus fauces para reírse de él, aprieta las mandíbulas y lleno de soberbia, disfruta escuchando el “crac” del payaso muerto. Una inteligencia tácita, como de aves que forman bandadas, o lobos que cazan venados, hacía que nos entendiéramos a la perfección. Como los famosos mosqueteros, fuimos “todos para uno, y uno para todos”. Nuestros puños se hicieron de acero, nuestras mentes se volvieron astutas, afinamos punterías, las piernas ágiles corrieron tras las zancadas despavoridas de los hombres-ranas.

Pese a la furibunda rebelión, aún les quedaban sus valientes. ¿Acaso les tendríamos mayor respeto? Clemencia para los vencidos, se deja para el horror de las guerras justas, no para la canalla que sojuzga pueblos.

Vi un solitario compañero de lucha, casi anciano, siendo dominado por tres de ellos. Pronto sería ejecutado. Me lancé contra los enemigos, perdiendo la pequeña conciencia que subyace en esa lámina que solemos llamar “yo”, sintiendo sólo el éxtasis de la sangre derramada. Tengo breves recuerdos, como si fueran fotografías o, menos aún, viñetas, de lo sucedido:

1. Un hombre-rana con una especie de sable curvo, medía dónde golpearía con el filo de arco eléctrico, el cuello de mi hermano.

2. Los dos hombres-ranas que asían a quien sería ejecutado, lo soltaron de inmediato y miraron hacia el suelo, donde el ejecutor yacía muerto, sin cabeza.

3. La inmundada cabeza del hombre-rana, chorreando líquidos viscosos, verdes, con venas y arterias cortadas y enrolladas.

4. Un arma lanza-rayos con su larga bayoneta mojada y el hombre que la empuñaba, que debía ser yo, apuñalando y cortando.

5. El mismo hombre, hundiendo la bayoneta en los ojos de los vencidos.

6. Un hombre con una espada. Me decía que me detuviera, que aún sobraban batracios que decapitar. ¡Cómo olvidarlo! ¡Cómo olvidar el rostro del hombre de la espada!

7. Mis ojos. Por el rabillo, vi al Gran Hombre volando hacia lo lejos con el magnífico flamear de su capa, para ayudar a los más comprometidos.

# Epílogo

## *Nuestro héroe*

Aquel personaje que había huido avergonzado de la T.V., volvía para ser cubierto de gloria. Las calles desbordaban gente como nunca antes se vio; los vehículos hacían sonar sus bocinas, a un paso que recalentaba motores; de los edificios del centro llovían papeles picados, globos y serpentinas multicolores. Era el presidente electo por naturaleza, y asumía sin más trámites ni protocolos. Todos festejábamos su triunfo, porque era nuestro, y él, pese a su grandeza, no pudo apagar el clamor.

Enemigos y traidores fueron ejecutados e incinerados. Del antiguo y corrupto régimen, no quedó un ladrillo sobre otro. Con sabiduría y elocuencia, saetas bien dirigidas, nuestro héroe nombró ministros y máximas jerarquías. El hombre de la espada, el camarada Borkov, con quien había compartido el honor en la lid, fue nombrado ministro de defensa. Gracias a él, nuestro ejército es de los más temibles del mundo. A nuestro presidente le sobraba carácter, sagacidad, espíritu de justicia y tantas características a cada cual más sublime, que le permitieron reformar la Constitución, y que ésta fuera una obra práctica, y no un manual para charlatanes y embaucadores. Hizo de la austeridad un arte, y de la nobleza un fin. Como hacía unos años había levantado al viejo Vauxhall con sus manos, levantó un país.

De su vida privada poco se sabe y nada interesa. Porque, ¿a quién sino a Él, deberíamos estar agradecidos?

## ***Educando a la nación para ejemplo del mundo***

Muy pronto, la maquinaria del Estado, virtuosamente conformada, como si un motor nuevo y perfectamente lubricado fuera, aceleró para llevarnos a la gloria. Y después de unos años descubrimos la cima o, al menos, el punto donde nunca antes nadie había llegado. Eso nos permite afirmar muchas cosas. No creemos en estadísticas ni censos, ya que, como los rostros de las actrices, son fáciles de maquillar. Creemos en la acción después de la planificación, y odiamos la burocracia. La buena fe se anticipa a los formularios, y en nuestra nación, no conocemos a nadie que nuestras máximas contradiga.

Hoy en día hay países que nos miran con preocupación, por no decir con envidia. En sus estrecheces, les parece extraño que se fomenten con tanto ímpetu las enseñanzas de artes marciales, o que sus forzudos no puedan competir con los nuestros en el levantamiento de pesas, o que sus campeones sean abochornados en las pruebas de resistencia. Les parece impropio que existan escuelas de meditación, donde se han formado hombres que igualan la elevada espiritualidad e integridad de los monjes tibetanos. También les parece mal que el Ministerio de Cultura, premie las obras artísticas que propenden a fortalecer las ideas de nuestro Mejor Hombre, tal el caso de los concursos literarios.

Me da pena que después de lo que hemos padecido, y ante la inagotable felicidad del porvenir en el que vivimos, haya quienes crean que lo que aquí se ha narrado, sólo fue el principio de una nueva, y quizás la más cruel, dictadura.

USURPADOR



# 1. Con chapa de escribano

Parado en la esquina, contemplando lo que debería ser mi casa. El semáforo está en rojo, como si quisiera detenerme. El sol ilumina la pared norte, mientras que la fachada al este permanece en sombra. Un zaguán de dos hojas, alto, y dos ventanas a la misma altura con sus rejas de hierro de un estilo sin gracia.

Luz verde. Me apuro para que el amable conductor que ha cedido el paso no tenga que esperar. Lo saludo con la mano, y él asiente con la cabeza. Es tan fácil, que no entiendo cómo nuestras existencias se complican sin que podamos ponernos de acuerdo. Quizás, si nos dijéramos las cosas sin ambages, en un tono de confianza y respeto, reinaría la paz y no sería tan costosa la felicidad. ¡Bah! Utopías...

Contra el cordón de la vereda, en un cuadrado donde hubo un fresno, crecen descuidadas purpurinas. Deberían ponerles un límite. En el otro, que al igual que el anterior enfrenta una ventana, pervive un fresno desnudo por el invierno.

Me detengo. ¿Cómo puede ser que esta casa que sólo irradia frialdad, albergue una familia? Camino pausadamente. Qué distinto sería si aquí viviera un hombre sereno y jovial, que hiciera chistes alegres, que pusiera música y ensayara pasos de baile. Pero no. La placa de bronce reza:

J. C. Birgmann Gonzaga  
ESCRIBANO

## 2. Hogar, tétrico hogar...

Antes de cruzar la avenida.

El cordón pintado con franjas rojas y blancas, indica una parada de ómnibus sin garita. Tres plátanos longevos aún no han perdido por completo sus hojas. El antiguo enrejado lanceolado se entrelaza con la maleza, valla casi infranqueable. En el jardín de arbustos y hojarasca crece una palmera, y detrás de la casa un pino. Si pusiera las copas en un mismo plano, lograría dibujos sutiles en una enrevesada telaraña. La fachada me parece un rostro rectangular con dos ojos por ventanas, y por cabeza un techo a dos aguas con su chimenea despuntada. Si las tejas fueran cabellos, el musgo sería espesa caspa. La construcción ofrece varias caras, sólo es cuestión de saber dónde pararse.

Cruzo la avenida.

Doy la vuelta. Introduzco la llave en el candado y quito la cadena oxidada. Mis manos quedan sucias de herrumbre, y mis oídos de chirridos. He tenido problemas con los delincuentes. Son un conglomerado de pedigüeños saltimbanquis, hippies, ladronzuelos, ocupadores ilegales, linyeras, borrachines y degenerados. Para hacerlos desistir de sus equívocos procederles, he utilizado el verbo, el garrote y el revólver. Aunque esté un poco deslucido, este es mi hogar y merece respeto.

De las muchas habitaciones distribuidas en dos plantas, la única decorosa es la buhardilla. Allí he reunido mis pertenencias y, pese al inevitable desorden natural del oficio, he logrado la comodidad que necesito. Si pudiera separarme de mí mismo, ubicándome como un observador fuera del escenario, vería un personaje ingresando al recinto tras haber prendido una vela.

La silla blanca que sirve a las meditaciones, le aguarda desde la noche anterior, rodeada por cajas y envoltorios; a su derecha, una máscara grotesca mira el suelo, vívida, amedrentadora; a su izquierda, una pila de sillas no espera invitados.

Al hombre casi calvo, de lentes discretos, le cuesta encender su pipa. Detrás, sobre una repisa, destaca un sombrero capotain, otras máscaras y un reloj de arena.

Una nube de tabaco lo desdibuja, resguardando la mirada interrogante. Se reclina y disfruta fumando, internándose en sus cavilaciones.

La vela refleja dos puntos en sus lentes, dándole un aspecto fantasmal. Ha llenado una copita de aguardiente, y la alterna con sus pipadas. Atiende el trayecto de una araña yendo hacia su guarida, debajo del armario de los disfraces.

La pipa se ha apagado. Ataca la cazoleta y vuelve a darle fuego. Abre el armario y contempla las piezas acariciándolas, como si pudiera escuchar con el tacto las

historias que cuentan. Sus ojos se mantienen impenetrables, aprehensores y, de ese rostro, lo único que sale es humo por la nariz.

Así me he encontrado frente al espejo.

### 3. Ella

Desde el primer momento, supe que podrías ser la mejor madre para mis hijos. Había algo especial en tus movimientos, en tus gestos... Enseguida adiviné que la naturaleza te había hecho para ser buena esposa, eficiente ama de casa, y madre paciente y cariñosa. Una mujer fuerte, adaptada a tiempos decadentes, dando frutos para recomponer la sociedad.

Vas por la vereda emanando acogedora tranquilidad. Te sigo a distancia. He comprobado que pese al disfraz, inquieta mi presencia.

Tus cabellos no han perdido el oro; el abrigo no puede disimular la firmeza de caderas y espalda; muslos y pantorrillas redondeados, te dan gracia al caminar. Esa belleza que hoy ya no es tenida en cuenta, me hace temblar invadido por el más simple instinto.

Pero hay un tipejo a tu lado. Es un calvo bastante bien afeitado, de andar laxo y desgarrado, a mitades lánguido y con aires de suficiencia, definitivamente falto de salud. Si a este escribano le pudiera quitar lo apocado, diría que lo has buscado parecido a mí.

## 4. Sepultura de jardín

La vegetación de un jardín, es como el pensamiento de un hombre. Si no se establece desde el principio un buen diseño, al menos debería instrumentarse algún control. Si no se siembra o trasplanta en el lugar correcto, el futuro estará plagado de conflictos, zonas pobres o recargadas, y paisajes arruinados. Si no se ralea o poda convenientemente, pronto el más enérgico, oportunista o violento ahogará al más delicado, de una hermosura que quedará sin ser descubierta.

Observo cómo el pino inclinado sobre la casa, pese a lo escuálido de su tronco y ramas cual brazos de espantapájaros, ha crecido más alto que los otros árboles, quizás su único triunfo sea mirar por encima de los demás. A una palmera rugosa, áspera, irregular, enlazada por una enredadera que trepa hasta la copa apenas más baja que el pino, le ha ido bastante bien a unos pasos de la verja, que da a una vereda sin árboles donde sólo pasan los cables del tendido eléctrico, atacado por claveles del aire. Un cuarteto de anacahuitas se parece a monstruos peludos confabulándose para dentro de diez años, ser los amos del lugar. Dos arbustos voluminosos flanquean un cantero de agapantos que, unidos sólidamente, virtuosos ante cualquier inclemencia, se mantienen como un regimiento de valientes. Sombrías frondas se ciernen sobre matorrales poco vistosos, y yuyos amargos prosperan donde el antiguo morador jamás habrá soñado tanta decadencia.

Intervengo muy poco. Es así cómo una protuberancia al fondo, entre un palo borracho de vientre abultado con una horqueta de brazos alzados que se dividen en más brazos cargando algodón, y una palmera de penacho medio muerto, podrá ser la única manifestación de mis respetuosas manos sobre esta tierra. Es apenas un túmulo de piedras, cascotes y ladrillos que encontré dispersos, y que fui agregándole al hueco ocupado por un pequeño cuerpo. Al no tener herramientas apropiadas, me fue difícil cavar lo suficiente para ocultar el desagradable olor de la carne descompuesta. Creo que fue un impulso de piedad lo que me llevó a la acción.

Me llamaron loco, viejo borracho, y aún me arrojaron epítetos mucho más denigrantes. Pero no me arrepiento de haber espantado con un fierro en la mano, a unos niños vagabundos que, impúdicos, depravados seguramente al igual que sus padres, jugaban con un palo a realizar actos deshonorosos en el cadáver de un pobre perro.

## 5. Paisajes celestes

La fuente de la plaza es un sitio tranquilo donde esperar. Frente a mí, como si fuera un lienzo apaisado, los árboles perennes contienen el trinar de una compleja sociedad de pájaros; desparramados entre unos bancos, un grupo de jóvenes charla y toma drogas; canteros con flores que se van marchitando, y gente que pasa y se renueva; al fondo, bajo una bóveda celeste, imponente, se alza la iglesia con su reloj suizo marcando los treinta minutos que faltan para las diecisiete; dos santos apóstoles custodian el pórtico ajedrezado; mucho más arriba, en la cumbre del frontón con el ojo omnisciente, el cubo de hierro desplegado atrae feligreses. Dos restauradores trabajan en la puerta maciza, exquisitamente tallada, que un loco intentó incendiar. Unos albañiles recuperan la columna con sus fenecidos acantos.

Prefiero que mi templo actual, sea invadido por la naturaleza. Como las nubes pintan el cielo, las manchas de humedad, el moho y los hongos, son artistas en mis paredes y pisos, mientras las arañas tejen y bordan los techos. Suelo ver rostros ensayando diversos gestos, monstruos y fantasmas, escenas cotidianas de mundos ocultos. Los personajes se transforman, evolucionan, se independizan o son fagocitados por una mancha mayor. Si uno rota su vista, donde hubo un señor parado con las manos en los bolsillos, hay una olla visitada por demonios; donde cuatro monjes destilaban licor, en la espesura de la noche se preparan sacrificios horrendos. Descubro la cabeza de un gato risueño, con un ojo por donde mana una catarata de leche; una bruja saliendo de su cueva exhibe entre sus negros ropajes niños colgando y un puñal en lugar de hígado, mientras agarra una muñeca sin piernas y un decapitado sin dientes le nace en el corazón. El suelo es vientre de ombligo rajado, con pústulas y cráteres adornando su piel. Difuminado, está el cadáver del ahogado; o el cuerpo mancillado de una noble dama, que ha sufrido el ataque de una horda de depravados; o la barriga podrida por los vinos adulterados tragados por un incurable beodo. Sin embargo, en lo alto, lejos de tanta abyección, las arañas urdieron nebulosas y sublimes constelaciones. Sin ellas, trabajadoras sin remuneración, no habría tapices de plata, ni estrellas fugaces, ni soles.

Mi sueño es interrumpido por cinco campanadas. Es la hora en que mis niñas salen del colegio. Me he entretenido más de lo debido y debo apurarme.

## 6. En el cuerpo del escribano

Me quito el sombrero saludándome frente al espejo con ligera inclinación, y mi amigo vitalicio me muestra algo empañado, la pelusa que en la cabeza le crece por pelo. Pronto, una tijera facilita el trabajo de la máquina de afeitar, que se encargará de emparejar al ras, para devolverme una réplica bastante aproximada del escribano.

Es mi primer encuentro, físicamente distante y sin embargo tan cercano; es como si ahí lo tuviera, enfrentándome con adusta mirada; es preparar el terreno para una batalla, en la cual seré él para vencerlo.

La brocha pinta a derecha e izquierda en franjas verticales u horizontales y en espirales, una espuma blanca de donde nacen burbujas, y al final traza un arco de oreja a oreja mostrándole cómo será degollado. Mi imaginado notario va cayendo por el entrecejo, deslizándose por mis ojos, recibiendo el aviso. La ligera y efectiva máquina se sumerge en el agua caliente, y barriendo de abajo hacia arriba por la gola, comienza a desvelar mi prueba de obra. Lentamente, recorriendo mejillas y patillas, tendrá que saber que su defensa será inútil, que al vencerlo, se incorporará en mí. El bigote ha sido definitivamente quitado, y lo más difícil ganado: su mirada.

Después de lavarme la cara, hago lo propio con los instrumentos, como un paciente cirujano sin asistentes. Aunque no me guste, su nuca es mi nuca, los ojos saltones y la trompa de sapo también. A través del espejo me devuelve gestos graciosos, que dejarán de serlo cuando llegue el momento de conocer su destino.

El tapón se levanta, el agua fluye por la cañería con su sonido grotesco, acompañando la primera derrota del escribano.

## 7. Desde la escuela a casa

Siempre he discrepado con mandar a mis hijas a un colegio católico. ¿Qué clase de extravagancias pueden aprender allí? ¿Cómo conciliar las matemáticas con un sujeto que es uno y tres a la vez? ¿Quién puede enseñar principios básicos de biología, si alguien pudo nacer de la nada? ¿Qué inteligencia puede amar lo insensible?

Ahí va la madre con las tres pequeñas. Un bracito frágil se une a la firme mano de mi mujer; los pasitos de gorrión sacuden una rubia, casi blanca cabellera; piensa en los juegos que están esperándola en casa. Del otro bracito, la más correcta, el punto de equilibrio entre las tres, con su mochila limpia y ordenada, las trenzas iguales a como fueron hechas antes de ir a la escuela, los zapatos acordonados y ni una arruga en la ropa; torna su preciosa carita hacia atrás rozándome con la mirada y, quizás, entre bastidores de la conciencia, un susurro le avisa la cercanía del padre, con suspicacia que conmueve mi disfraz. En tanto la mayor, se suelta de la madre adelantándose para subir la vereda; ese paso dado con seguridad en la intención pero con torpeza de movimiento, anuncia los problemas que tendremos en su adolescencia; el cabello como áurea cascada en un rostro despreocupado, más un no sé qué en su cuerpo, me dicen que habremos de prestar especial atención en cuidarla.

Ah... Mis soles... He estado pensando mucho en ustedes. Debo establecer un plan que me permita no sólo acercarme.

## 8. El puente

Cielo nublado, perforado por un sol lejano que brinda tenues resplandores encima de los arbustos ribereños. La calle solitaria, inundada en sus flancos por áspera vegetación, me conduce hacia el puente. En este paisaje chamuscado por el invierno, por más que me asome no puedo verlo.

Me detengo ante la basura que un desconsiderado ha arrojado, con el único cuidado de no ensuciar el bitumen. Me habla de la mentalidad de esta gente, que se asemeja a bolsas con cáscaras y trastos; juguetes descuartizados en una carcasa de televisor; restos de poda coronados por enredo de alambres; un perrito muerto... Pobrecito, qué poco lo querían sus dueños. Hecho un ovillo, pareciera dormido en una descuidada posición, mas las moscas que sobre él revuelan, riñen y posan, me dicen en crudo lenguaje: "Cuando dios hizo, hizo para todos... el Hambre Universal."

He demorado en llegar, pero allí está, extendiéndose cual fabuloso ciempiés de hormigón armado, encorvándose sobre el ancho río por el cual viene bajando mugre. Por encima circulan vehículos que a distancia parecen piojos, o, acaso, hijuelos del monstruo. En esta quietud apenas rota por la circulación de algunos parásitos, imagino desde sus barandas personas colgando.

Necesito mi propio puente. Necesito cruzarlo. Ir más allá de donde jamás he estado. Un paso definitivo al otro lado. Abandonar mis ropajes aquí, y caminar desnudo por una desconocida inmensidad.

## 9. En la mente del escribano

Puntualmente, como de costumbre, lo veo pasar caminando con su inquebrantable laxitud. Me pregunto, mientras cierro el periódico que contiene una entrevista a este actor social que es mi escribano, qué imágenes desfilarán por su mente.

La bóveda se ve tan celeste y brillante, los árboles de la plaza mueven sus escasas hojas como saludando con las manos, y con los pies en la tierra cada persona atiende a su miseria.

A esta hora de la mañana, aún las calles no se han sumergido en el bullicio; las tiendas están desperezándose; sillas frente a los quioscos esperan pacientes por los primeros cansados; delante de mí, tapándome por momentos al escribano, alguien va caminando con un bolso cruzado al torso. Bostezando, quita el polvo el empleado de una joyería, donde se atesoran porcelanas, cristales, piedras preciosas engarzadas en finos metales para dedos, gargantas y orejas, y relojes que atarán muñecas elegantes al discurrir ordenado en la ilusión del tiempo.

Mis zapatos pisan lo mismo que mi hombrecillo de ciudad a cincuenta baldosas de distancia, y las vidrieras devuelven su contorno seguido por una brisa que atraviesa campos ajenos, un reflejo que ocupa lugares impropios, una sombra que en esta ocasión porta bigotes y sombrero. Levantamos la cabeza para ver en la fachada de un edificio público al pabellón nacional, ondeando y confundiéndose con el cielo. Él continúa la marcha llenando de orgullo de libertad sus delgados pulmones, yo pienso que los bellos símbolos no liberan a nadie en un planeta de esclavos.

De pronto, un conocido le detiene para estrecharle la mano, felicitándolo frente a una zapatería. Entonces, debo caminar más lento, aproximándome para escuchar la contestación a su interlocutor:

—Es difícil, muy difícil. Lo hemos logrado con esta muchacha, pero traen cosas terribles desde el hogar...

Mirando una vidriera con columnas de zapatos deportivos y pelotas de fútbol, compruebo que mi escribano, en sus horas libres, así como practico mis artes y ciencias de la observación y el enmascaramiento, se dedica a salvar niños de las calles. Es un buen hombre, que en un mundo perverso no podrá sobrevivir.

## 10. La sagrada familia

Van tomados de las manos, componiendo una familia hermosa. En acto reflejo, cuento las nueve campanadas.

Muchos han dejado de ir a misa, sin embargo, este no es el caso. Si pudiera ver el futuro, cuando la mayor se inicie en la adolescencia, la agudeza de la mediana pellizque con inquietudes, y la menor asista a regañadientes queriendo imitar a sus hermanas, este cuadro se desintegrará. El temple del escribano habrá de resquebrajarse, y su ecuánime voz de barítono se agriará en estallidos de cólera. No adivino qué será de mi mujer, ni puedo esperar.

Apoyado contra la pared de un cantero sin gusto, hay un banco de hierro al pie de unas escaleras, bajo tupida enredadera: tiene mucho de guarida. Aquí reviso notas, dejo que mis pensamientos corran como escolares en hora de recreo, capturo gestos de transeúntes y voy hasta la raíz que los desencadenó.

Apresurados, hay quienes llegan tarde a la iglesia. Las personas suelen ser impuntuales, carentes de método, confiados que caen en las trampas del astuto devenir. Cómo no pedir ayuda a cada instante, a un dios que no es más que el artífice oculto de un terrorífico teatro.

Observo con paciencia el curso de mis ideas. Me resultaría imposible clasificar tan abigarrado conjunto, poniendo cada fiera en su jaula. Los monstruos reclaman para sí, ser sembrados en el sustrato de la mente; por principio natural, quieren crecer y multiplicarse; en la Creación, por insignificante que sea, cada alimaña lucha por imponerse. “¿Quién soy yo?”, puede preguntarse cualquier rata con un poco de conciencia. Jamás dejaré de pensar en términos humanos, nunca podré rasgar el velo, y menos comprender qué hay detrás de las bambalinas de Esto...

...Más tarde, cuando el barniz de la realidad volvía a secarse, un rumor de pajarracos, un mendigo advenedizo, y adocenada mi familia, rodeaban al disfrazado bendecidor de sotana blanca y estola verde.

Ya no puedo esperar.

# 11. El despacho

Cuando se abra la puerta de mi despacho, se verán dos escritorios a la izquierda. Uno, con las tareas en curso y los utensilios; el otro, con la computadora y los demás aparatos ofimáticos. El teléfono estará entre medio de ambos, de modo que resulte cómodo atenderlo según en cuál esté trabajando. La silla mullida, de cuero, con reposabrazos, ancho asiento y alto respaldo, tendrá rueditas que me trasladarán sin demoras. Detrás de los escritorios, contra las paredes —dejando libre la ventana que, dándome vuelta, me permitirá ver si el timbre ha sido pulsado por un cliente—, estarán los ficheros y la estantería repleta de carpetas y folios.

Al frente, habrá una alfombra roja con diseño persa, sobre la cual tres sillas simples y cómodas darán cabida a los consultantes. Al fondo, entre los diplomas en la pared, un cuadro de navíos en un mar oscuro y agitado, alumbrado desde lejos por la araña en el centro del techo, ocultará la caja fuerte. Al costado, una generosa biblioteca de cedro, con sobrios herrajes en sus cajones, contendrá mis libros de derecho, además de un par de enciclopedias, y la máquina de escribir en algún espacio libre entre los anaqueles.

Dando aire hogareño, a la derecha se ubicará el sofá y dos sillones, acompañados por un pequeño mueble que sostenga una lámpara de bronce con pantalla a tono, que haga la luz más acogedora. Bajo ella, resaltaré en marco dorado, nuestra foto de bodas. Las de las niñas y los viajes, las tendré sobre los escritorios para que siempre me acompañen.

...Muy pronto sabré si mi despacho es tal como lo he imaginado.

## 12. Delicadas existencias

Qué culpa tengo de ser el viento que sopla de noche, colándose en los hogares de ventanas destrabadas, donde duermen confiados moradores.

Me gusta descubrir rastros de rituales domésticos, e imaginar lo que cada uno conversará con el carcelero de su mente; me gusta sentir impregnadas en los muebles, las costumbres de mis ciegos hospederos. Si pudiera escuchar sus sueños, qué diálogos delirantes sobre fondos de músicas fantásticas, saldrían de los dormitorios para encontrarme en los pasillos; si pudiera estar detrás de sus ojos, tal vez me descubriría a mí mismo en forma de mil pesadillas.

Respiración silenciosa, movimientos suaves, pequeños roces ocultos por el natural crujido de la madera. Acogedora oscuridad y escondites detrás de las puertas, mientras nadie despierte, seguirán latiendo los corazones.

Qué culpa tengo de no saber quién soy, si me pertenezco, o sólo es ajena inspiración, o si sólo estoy metido en el cuerpo de un pobre actor. ¿Vago? ¿Loco? ¿Intermediario? Tal vez, soy el instrumento que esculpe la obra de un artista mayor.

## 13. El sueño de los justos

Las jovencitas suelen ser muy descuidadas, quizás, por estar demasiado acostumbradas al permanente cuidado de sus madres. Durante el día he tenido varios presentimientos y, contrario a lo que usualmente sucede, se han manifestado en la realidad. Mi hija mayor, después de ir a hacer un mandado de última hora, olvidó cerrar con llave.

Apenas empujo la puerta, se abre dándome la bienvenida. Flota un aroma rancio en el ambiente iluminado por una lamparita, que el escribano deja encendida durante la noche. Ya conseguiré que nos acostumbremos a dormir en la oscuridad. Haré correcciones en cuanto a limpieza; si es necesario, cambiaremos de sirvienta, pero primero, todas tendrán que colaborar con el aseo del hogar. Antes de irse a la cama, no permitiré que dejen juguetes tirados por doquier... ¿Me habré equivocado en la eficacia del ama de casa?

Un perro ladra enfurecido, rasguñando la puerta del fondo. Rumores confusos y resplandores intermitentes que se reflejan bajo el resquicio de la puerta del dormitorio, indican que mi esposa y su marido están mirando televisión. Ella estornuda. “Te estás enfriando, tapate bien”, le diría con una caricia; el escribano, ha de estar inmerso en la trama para imbéciles contenida entre sirenas y automóviles persiguiéndose.

En el otro cuarto, la pequeña duerme profundamente, mientras que mediana y mayor discuten por lo bajo, sin ponerse de acuerdo. No faltarán libros de cuentos. Me escucharán absortas hasta que el sueño se mezcle con mi voz, y me despediré besando sus frentes.

Ese perro molesto no podrá continuar ahí. ¿Cómo podría cultivar un pintoresco jardín con tan dañino animal? Es una sombra furibunda que salta desafiándome, ensuciando con sus patas los vidrios de un ventanal.

Pateo objetos tirados por el suelo. Hay sillas fuera de lugar. Algún imprudente, ha traído arena al comedor. Me sorprendo exhalando un bufido. Las cosas cambiarán.

En la cocina hay mal olor, o, mejor dicho, en todos lados. Bultos sobre el fregadero, han de ser ollas y vajilla amontonada. No imagino el desastre en que habrán convertido el cuarto de baño. Crispado, creo que esta vez seré indulgente y me marcharé, pero cuando vuelva...

...Y ha sido justo en el instante de mi retirada, cuando ya tenía puesto un pie fuera del zaguán, que escucho la tos del odioso, y el trémulo picaporte de mi dormitorio emite un chasquido que me hace girar.

## 14. Una nueva identidad

El escribano ante mí, de espaldas, por el pasillo. Es como mi sombra que se aleja, indolente, confiado en la generosidad que atañe a su vida. Me abandona con sus pasos blandos de babuchas holgadas. Tropieza con algo que suena a plástico, a bocina y a ruedas girando. Emite un chasquido con la lengua por única protesta, se resigna y enciende la luz.

Pero nunca se volverá, porque jamás sospechará que alguien, un hálito, o nada, lo ha estado observando. El paciente padre de familia, el hombre quitado de su tibia cama, de su adormecedora televisión, va hasta el ventanal donde el perro sigue ladrando.

—¡Pitufu! ¿Qué te pasa? Callate de una vez.

¡Pitufu! Su voz apenas se ha alterado. ¡Pitufu! Al nombre ridículo, le sigue un revuelo de sábanas desde el dormitorio. Por fuera y por dentro, todo se confunde. Como el trueno que evidencia la caída del rayo de la muerte, escucho el horroroso sonido de una flatulencia. Y vuelvo a sentir el picaporte en mi palma, el cuerpo en mis ropas, mis pies dentro de sus zapatos, y mis planes que se incineran.

¡Ya basta! Estoy vencido. En menos de un instante, todo se ha desmoronado. Esta familia verá la luz de la mañana entrando a raudales por la misteriosa puerta abierta del zaguán. Se harán preguntas, conjeturas, respuestas, pero nadie sabrá la verdad.

Me voy más rápido de lo que he venido, en busca de un nuevo destino, un nuevo proyecto, una nueva identidad. U otro ejercicio literario.



YO CREÍA QUE ERA ÉL



# 1

Recuerdo que estaba en el living leyendo el periódico, esperándolo mientras mi esposa preparaba el almuerzo. Cuando llegó del liceo, le mostré a mi hijo unas revistas amarillentas que aún conservaba. Eran de entre 1960 y 1980, y estábamos casi en el 2000.

—Esto era lo que yo leía a tu edad —el papel estaba áspero, polvoriento, con olor a estar olvidado en una caja de cartón durante años.

Dejó sus útiles, se asomó entre las reliquias con el entrecejo fruncido, y siguió su camino.

—¿Qué? ¿No te interesa?

—Cultura de masas. No es gran cosa. En todas las épocas ha existido. Pan y circo. O, *pan et circenses* o algo así.

Tuve que insistir varias veces, hasta que aceptó llevárselas al dormitorio, y prometió darles un vistazo cuando terminara con sus tareas. Mi hijo era un buen estudiante, amaba la literatura y la filosofía, aunque a veces era un poco pedante. Pero todos hemos sido jóvenes, y nos hemos creído sabios.

Me olvidé del asunto. A las dos semanas, volvió con la caja de revistas y un voluminoso libro en la mano.

—Hay algo que tienen en común tus revistas de canje y “Las mil y una noches” —dijo sopesando el libro.

—¿En serio?

—Nunca voy a poder terminarlos.

No le había gustado nada de lo visto. Las de ciencia ficción, le parecieron especulaciones absurdas que se desmoronaban ante la evidencia de la actualidad; las bélicas, eran de un patriotismo exagerado, lleno de personajes insensatos; los superhéroes, no cabían en un universo donde no reinara la más indecorosa falta de lógica; las fotonovelas románticas, aparte de que todo era acartonado, podían servir para entender la moralina de una época; la mención especial, era para “Killing”.

—¿De veras leías esto, papá? Si se pueden heredar los traumas, estoy en grave peligro.

—Bueno. Era un poco diabólico. Pero la atmósfera...

—Sí, sí, claro. Y un litro de vino tinto.

Tenía razón. ¿Cómo un tipo vestido de esqueleto, podía pasar desapercibido? Iba matando gente y sin mucho esfuerzo, se disfrazaba de los occisos. ¡Barbaridad! Era maestro de la imitación, adivinaba las personalidades de sus víctimas y pasaba

nuevamente desapercibido. El reloj pulsera no encajaba en tan macabro atuendo, y un cinturón que lanzaba rayos, era demasiado escandaloso para la razón. Le causaba gracia que la hebilla tuviera la inicial de su nombre, acaso para que no lo confundieran con algún otro enmascarado que anduviera suelto por ahí. Había un ejemplar en italiano, que le pareció curioso. Eso sí, dentro de lo cutre, la estética no estaba tan mal, y la pistola con silenciador lucía muy bien. Para la época, era notoria la producción que había detrás del artefacto.

—Esos italianos siempre fueron muy ladinos. Han sido buenos empresarios y negociantes. Algo artístico les ha de quedar de lo que robaron a los griegos.

—Ya no sé qué contestar —me rendí.

—También tendrás que admitir el abuso cometido contra las mujeres. Tenían que andar en prendas íntimas, les daban cachetadas, latigazos, y las trataban de estúpidas. Bastante misógino, por cierto.

Lo dejé que subiera los primeros escalones de la escalera hacia el dormitorio, regodeándose con su victoria.

—Hijo mío —le dije, y esperé a que se diera vuelta—. Tienes razón. Pero con tanta literatura te volverás un literato de verdad... Y qué horror será para mí, ver tu foto en las enciclopedias, ¡rodeado por esos viejos carcamales!

## 2

Una noche no quiso cenar. Le dolía el abdomen, y de a ratos tenía ganas de vomitar. Cuando yo tenía diecisiete, me gustaba el tabaco y el alcohol. Bromeando, le pregunté si no andaría bebiendo a escondidas. No estaba de humor, y su madre tampoco. Aunque preocupada, lo dejó irse a dormir después de prepararle un té negro.

Cuando nos fuimos a la cama, me hizo sentir su rechazo, y no era por mi broma fuera de lugar. Creo que nuestro matrimonio no estaba funcionando bien. Supongo que las cosas que le habían fascinado, le aburrían; tal vez, perdidos los mejores partidos y obtenido el premio consuelo, éste le resultaba pesado y demeritorio; o el amor había sido un convencionalismo que hubo de ser cumplido, pero que se había desvanecido con el paso del tiempo. Pero esto lo pienso ahora, porque en su momento, me habré conformado con cualquier excusa, con cualquier autoengaño.

A la mañana siguiente, lo llevó al hospital temiendo que fuera apendicitis. Aunque era raro verlo pálido y con alguna mueca de dolor, me pareció una exageración. Me fui a trabajar.

Cuando volví, recién habían llegado. Después de tortuosas horas de espera en la sala de urgencias, le habían recetado un relajante muscular y reposo. Debía estar muy estresado por el exceso de estudio, ante la cercanía de los exámenes. Como a tantos otros, el médico le dijo que si seguía sintiéndose mal, que regresara.

Siguió sintiéndose mal, y por la noche nos despertó con un grito. No aguantaba el dolor, y apenas podía caminar. Entre los dos le servimos de muletas, y fuimos en taxi al hospital.

Como siempre, la sala de espera estaba llena. Entre gente que tosía y se quejaba, aguardamos que nos atendieran, quizás una hora, o dos, o tres. No sé si hablamos, o si sólo permanecemos en silencio hasta escuchar el nombre de nuestro hijo. Habitualmente no prestaba mucha atención, sin embargo, en tales circunstancias, podía sentir claramente el estigma de ser pobre, la ausencia del Estado pese a la letra de la Constitución, la negligencia de los individuos en el entramado social de la miseria humana. Cuando la desesperación le ganaba a la paciencia, una enfermera acostumbrada a trabajar en la carencia, lo hizo pasar acompañado por su madre. Había un solo médico de guardia. Luego, hubo que esperar al cirujano. Aparentemente, se trataba de un cuadro de apendicitis.

Tal vez pasaron otras dos o tres horas. La puerta que separaba la sala de espera no tenía tranca, así que entré a verlo sin permiso. El chico estaba hinchado y tenía diarrea. Fui expulsado por el personal de seguridad, y amenazaron con denunciarme y hacerme arrestar por la policía.

### 3

Mi hijo murió dos días después. Tenía peritonitis.

Los recuerdos que tengo de esa etapa son vagos y confusos. Quizás, violentos y tristes. Golpeé a un médico que no tenía más culpa que la de llevar un guardapolvo blanco. Un abogado cuyo rostro no podría definir, me defendió y pude salir con la orden de no acercarme al hospital maldito. En vez de ir a trabajar, vagaba por la casa como un alma en pena. Mi mujer no hallaba consuelo, pero roto el último vínculo que nos unía, tampoco quería mi abrazo.

Un día, sin ver, estaba mirando televisión. Sin embargo, algo poderoso llamó mi atención. En los subtítulos, aparecía un nombre aborrecible, precedido por el cargo y la profesión. Ya lo había visto antes, prometiendo diálogos con los subalternos, reformas y mejoras. Un periodista del informativo local, estaba entrevistando al director del hospital. Nunca podré saber lo que le preguntaba ni lo que contestaba. Fui hasta la caja negra, la alcé, y la estrellé lo más fuerte que pude contra el suelo.

Otro día, subí las escaleras lleno de pensamientos absurdos y melancólicos. Entré al dormitorio de mi muchacho, como si él pudiera estar allí, convaleciente. Me recibieron sus cosas. Todo estaba perfectamente limpio y ordenado. El piso sin una mota de polvo. La cama tendida, sin arrugas. El ropero distribuido en filas y columnas, con la ropa planchada. Mi atípico adolescente, tenía su biblioteca de libros viejos como si recién la hubiera lustrado. Hasta el escritorio había sido repasado, dejando solo un cuaderno y un lápiz. Claro, después de la muerte, la madre lo habría auxiliado.

Sin ser un padre ausente, tal vez debí pasar más tiempo con él. Debí interesarme por sus gustos, conversar acerca de estos aunque no entendiera nada. Me hubiera gustado tenerlo y decirle cuánto lo quería. Pero ya era tarde.

—Te quiero, hijo —le hablé al silencio—. La vida ha sido muy injusta contigo, y con nosotros también. Es como cuando ves un pimpollo y alguien lo corta. Ya no habrá esplendor de rosa...

Escuché su risa. Tuve un sobresalto. Luego, más tranquilo, sonreí.

—¡Qué metáfora más cursi! —en mi imaginación, se burlaba de mí.

Desde el más allá, me venía a hablar de recursos literarios y figuras que yo no comprendía ni me importaban. Pero de buena gana me quedé escuchándolo, aunque sólo fuera para oír su voz. Me hubiera gustado que fuera real.

## 4

Me sentía muy enfermo. No podía ir al hospital, porque tenía una orden de restricción, porque de allí me habían sacado esposado, allí golpeé a alguien, allí mataron a mi hijo. Aunque para mi enfermedad no existía cura, de algún modo, descubrí el alcohol. No necesitaba consultar a ningún matasanos para que me recetara mi medicina. Después de varias pruebas y muchas borracheras, aprendí a tomar la dosis correcta del antiguo paliativo. Manteniendo la lucidez necesaria, espaciaba los suministros de modo que podía vivir en una especie de limbo etílico. Mas el límite de la inconsciencia seguía siendo difuso.

Siendo un fantasma, la realidad no resultaba tan dura. Si antes me sentaba en mi sillón frente al periódico, la radio o la televisión, ahora lo hacía en silencio acompañado por mis remedios, mirando el fuego de la estufa. A veces veía pasar a mi esposa. Se entretenía regañándose, removiendo heridas, o sollozando en el cuarto de nuestro hijo. Mi hogar tibio, humilde y acogedor, se había esfumado.

Pasé bastante tiempo en esta situación indefinida, hasta que me empezaron a doler las tripas más que el corazón. Un día fui al baño y vi mis detritos manchados de sangre. La medicina no servía. A medida que aquietaba el mal, generaba uno mucho mayor. Cual producto de la industria farmacéutica, aliviaba por un lado y mataba por otro.

La enorme frustración ya no tenía escapatoria. La felicidad enseguida tropieza con sus límites, pero el dolor y el horror no. Quería terminar con todo, pero no sabía por dónde empezar. Entonces, tomé la caja que una vez le había dado a mi muchacho y la llevé hasta la estufa. Como leña, fui echando las revistas al fuego, encendiendo mi ensombrecida imaginación.

.....

“Un rayo de energía salió de la pistola, y alcanzó al coche que los venía siguiendo”.

Era una persecución policial en automóviles que flotaban en el aire, y que se movían como bólidos por autopistas que daban vueltas entre edificios de una metrópolis. La gente que huía espantada de la escena, con suerte podía evadir aquellos rayos, pero no el fuego que devoró en pocos segundos, junto al vertiginoso e hipotético futuro.

.....

.....

“Después de varias horas de nadar sin descanso, el capitán Ravek había conseguido alejar a sus enemigos”.

El capitán había puesto los pies en tierra firme, y miraba de frente, bien peinado, posando en espera del lápiz del dibujante.

“Días más tarde, de nuevo al frente de sus hombres, volvía a poner en juego su vida en defensa de su patria.

‘—¡Vamos muchachos! ¡A ellos! —Ravek a revólver, y tres paisanos un poco mejor equipados, habían emboscado a tres soldados nazis que dejaban caer sus ametralladoras, acibillados por los ridículos “bang” “bang”.

‘—¿Hubo suerte, capitán?

‘—Esperemos que sí. Pero basta de charla... ¡Acabemos con esa patrulla!”

Los que mantenían el breve diálogo, arrojaron granadas presuntamente obtenidas de los soldados abatidos.

“—¡Buen blanco!”

Un par de granadas bastó para anular un Panzer.

“Y mientras el capitán con sus hombres iba causando estragos en las filas enemigas...

‘—Pronto sabremos con quiénes podemos contar para seguir la lucha.”

En esa guerra, todos perderían. Patriotismo, intereses de Estado, vidas humanas con sus riquezas y miserias, fueron a parar a la estufa.

.....

.....

“Pero los pistoleros no cuentan con la velocidad y agilidad de Batman”.

El superhéroe voló a ras del suelo, y abrazó una columna que sostenía el busto de un calvo importante. Hubo dos “bang” que serían tiros de los malvivientes, como si alguna vez en la historia un arma de fuego haya hecho ese sonido tan estúpido.

El golpe de columna le dio de lleno a un tipo de traje anaranjado, haciéndole saltar el sombrero y la pistola.

“Y los sicarios caen.”

El de traje anaranjado siguió cayendo, encima de él la columna rematada con el calvo de aspecto de filósofo, debajo un tipo de traje verde a quien también voló el sombrero y la pistola.

“Raudo como una pantera, Batman los neutraliza golpeándoles con ambos puños...”

Traje verde y traje azul quedaron noqueados.

“—¿Se puede saber quién os envió? —Batman les apuntó con una de las pistolas.

‘—¡No podemos decírtelo o nos mataría!”

El dolor de los malhechores estaba representado por puntos, como mosquitas revoloteando sobre sus cabezas.

“—Elijan, señores. ¡O me lo dicen o les mato yo! —Batman hablaba en serio.

‘—Buenas noches, Batman. El doctor Muerte le manda sus saludos.”

Se había abierto una puerta, dejando pasar a un gordo vestido de turco con un revólver en su diestra. Batman de frente, giró la cabeza noventa grados, sin desnucarse.

“—¡Y Jabah le dispara! —apretó el gatillo.”

Las lenguas de fuego lamieron criminales y justiciero hasta igualarlos en un puñado de cenizas.

.....

.....

“Pero Thomas no espera la respuesta”.

El pelilargo toma a la joven bonita, rubia y delgada por los hombros, y acerca sus labios a los de ella.

“¿Dónde quedó la euforia de ella? Se siente de hielo, con inmenso disgusto”.

Habrían estado bebiendo, y ahora estaban en una cama, él tendido sobre ella. La muchacha apretaba los puños, el muchacho le besaría el cuello.

“Esos gestos impacientes que no logra rechazar...”

Pelo largo le desnuda un hombro, y ella mira el techo con la boca entreabierta.

“Con tal que todo termine rápido...”

La joven frunce el entrecejo. Tal vez, lo que tanto parecía gustarle ya no le gustaba tanto.

Dentro de un automóvil, él busca su mirada y le dice:

“—Estás muy callada.

‘—¿Te parece? —evita la mirada.

‘—Para mí fue una noche magnífica. Eres una mujer ideal. Moderna, sin problemas.

‘—¿Ah, sí?”

Esa incipiente historia de amor, tan frígida y acartonada, necesitó del calor de las llamas. Los jóvenes fueron consumidos en unos instantes.

.....

.....

“Pero Killing es implacable. La hoja del cuchillo se hunde en la frente de la desdichada...”

‘—¡AAAHH!”

Debió ser de un acero muy fuerte para perforar el hueso del cráneo.

“La vida huye rápidamente del cuerpo de Katia...”

Killing, el criminal disfrazado de esqueleto, estaba parado pero dinámico, junto a los cuerpos yacientes de un hombre y de Katia. El decorado era de un dormitorio que ya se estaba doblando y echando humo.

“(—Y ahora, rápido a la villa. Creo saber dónde encontraré el tesoro. Después me iré de vacaciones con Dana).”, pensó Killing.

—No te irás de vacaciones con nadie —le dije a la figura de la revista quemándose—. ¡Te irás con todos al infierno!

El astuto asesino me miró desde las llamas, antes de desaparecer de la hoja carbonizada. Al fin, el merecido destino le había llegado.

.....

## 5

Empecé a sentir la presencia de mi hijo. Cuando se manifestaba, no podría diferenciar si estaba dormido o despierto. Lo cierto es que no estaba borracho, porque hacía semanas que había dejado de beber. Maldito remedio si los hay, que haciéndonos creer lo contrario, todo lo empeora.

Por el color del atmósfera, sería al atardecer. Yo estaría dormitando en mi sillón, y él me estaba mirando desde la puerta del living que iba al comedor-cocina. La puerta se fue entornando hasta que escuché el “clac” del pestillo al cerrarse. Ese ruido hizo que me sobresaltara. Fue una insignificancia y tendría su explicación lógica, pero cómo podría olvidarme de sus ojos.

Cuando se avvicinaba la Navidad, soñé que estábamos armando el árbol con su pesebre. La madre le alcanzaba los globos, y él los colgaba. Yo desenredaba las guías de luces y ayudaba.

—Oye, hijo —le dije.

—¿Qué? —levantó la vista para atenderme.

—Ya sé que me dirás que un libro. ¿Pero qué libro quieres que te regale para Navidad?

—“Tal y cual”, de Caio Pelagio —respondió sin pensarlo.

Enseguida entendí que se estaba burlando. “Tal y cual” quería decir que tanto daba si me lo decía, porque a mí no me iba a interesar. “Caio Pelagio” sería un chiste doméstico que quería decir “cayó el pelado”. El pelado había caído en la broma, y ese era yo.

El ingenio, pulido por el estudio y la dedicación, era de su propia factura. Aunque soñadora y a veces disparatada, mi mente demasiado vulgar, nunca podría imaginar tales cosas.

También acontecieron situaciones de similar relevancia, pero una noche, antes de acostarme, me fui a bañar no sin antes afeitarme. Me saqué la parte más gruesa de la barba con la máquina eléctrica. Mientras el agua caliente se juntaba, usé la brocha y el jabón para cubrirme la cara de espuma. El vapor empañó el espejo encima del lavatorio, hasta borronear las líneas de mi rostro. Cuando le pasé una toalla para poder verme mejor, no fue a mí mismo a quien vi. ¡Sino a Killing!

Di un paso atrás, y quedé fascinado por la aparición. El hombre disfrazado de esqueleto se tomó el rostro con las manos, y se fue sacando la máscara, tal como lo hacía en las fotos de las revistas.

Quien tenía frente a mí, en el espejo, era a mi hijo con una mueca burlona.

—Ya casi estoy igual que ese tipo de tus revistas.

Salí corriendo, y entré al dormitorio dispuesto a despertar a mi esposa. Aunque no estábamos en buenos términos, decidí confesar lo que me estaba sucediendo. Tal vez cometí el error de empezar por el final, sin prepararla debidamente, acerca del desarrollo.

Acabó por despertarse hecha una furia, y antes de escucharme, se lanzó a increparme como nunca antes lo había hecho. Me acusaba de ser un idiota, un borracho que nunca la dejaba en paz, ni siquiera cuando lo único que deseaba era continuar con su duelo. Y muchos otros insultos, a cada cual peor.

Por un momento dejé de ser yo, pero no por eso dejó de grabarse en mi mente la visión de mi mano abierta, estrellándose con fuerza sobre su mejilla.

—¡Zitta stupida puttana!

## 6

Agotadas las licencias e ignorados los plazos para reintegrarme, me despidieron del trabajo. Quedé solo en casa. Aunque no era grande, por momentos la sentía enorme. Andaba silencioso, como si temiera despertar a alguien. Me detenía en cada objeto, lo observaba, lo olía, dejaba que me inundara de vívidos recuerdos. Mil veces acaricié las fotos de mi hijo, hasta sentir la textura de sus ropas, el contacto de sus manos, las ondas de su pelo, la piel del rostro, hasta su aliento en mis yemas. Así descansaba, pensaba y soñaba al mismo tiempo. Mezcladas en diferentes proporciones, estas actividades daban como resultado un estado en que no diferenciaba el sueño de la vigilia, la fantasía de la realidad, o la cordura de la locura. Entre tantos fragmentos, a veces era yo, a veces alguien detrás de mis ojos; a veces sabía quién era, a veces ni siquiera tenía conciencia.

Luego, empecé a vagar por las calles, sin rumbo fijo. Curiosamente, mis pasos solían dejarme en el mismo lugar. En una ocasión, quejándose de la poca variedad en nuestro menú diario, mi muchacho había dicho:

—Papá, ¿arroz? Aquí debe aplicar aquello de que “todos los caminos conducen a Roma”.

Pues mis caminos me dejaban frente al hospital, allí donde la negligencia y el desprecio por la vida ajena, habían asesinado a mi hijo. Pensé en entrar nuevamente. Pensé en disfrazarme para poder lograrlo. Pensé en pedir para hablar con el director, y romperle la cabeza con lo primero que hubiera a mano. Pero algo de cordura me quedaría, en cuanto me di cuenta de que no podía continuar con aquello.

Volví sobre mis pasos, e inicié otras caminatas menos tortuosas, tomando precauciones para no regresar. Pasaba mucho tiempo encerrado, entre páginas de álbumes, memorizando y reviviendo cada imagen, hasta el punto en que éstas adquirían nuevas realidades, aunque más no fuera en mi imaginación. También pasaba mucho tiempo caminando, hasta que en una tarde a fines de verano, me senté en el banco de una plaza pública, a la sombra fresca de inmensas tipas.

No recuerdo si observaba hacia dentro o hacia fuera, o si simplemente estaba, cuando algo captó mi atención. En la vereda de enfrente, dos hombres altos y de voz firme, hablaban haciendo ademanes. En no muy buenos términos, discutían sobre algo. Estuvieron un rato mirando hacia arriba, en el linde de dos lujosas casas, posiblemente hacia un gran árbol que dejaba caer sus hojas en una fina y prolongada lluvia. Uno de los hombres tomó la delantera, y entraron por la puerta de rejas del garaje. Al primero lo reconocí. Había aparecido regularmente en mi televisor, antes de que lo estrellara contra el piso. Extrañamente, antojadizamente, el azar me había mostrado en dónde vivía el director del hospital.

# 7

Hasta cierto punto mis recuerdos son concretos, después de ahí se vuelven muy confusos, cuando no inenarrables. Trataré de ser claro y conciso.

Creo que fue al día siguiente del descubrimiento, cuando me presenté en el mismo sitio. Crucé la calle. Estaba medio abierto. Entré por el portón de rejas, por donde lo habían hecho los dos hombres que conversaban acaloradamente. No tenía dudas que uno de ellos era el director del hospital, y aquella su casa. Ese sujeto prometía hacer todo lo posible por la salud y el bienestar de quienes acudieran a él; ese sujeto aparecía en televisión diciendo que estaba trabajando denodadamente para mejorar la calidad de vida de los más necesitados; ese sujeto había dejado morir a mi hijo. La suerte, que durante toda mi vida había jugado en contra, ahora invertía su intención. Esa maquinaria del destino, que enriquece o arruina a los individuos, se dignaba a concederme un favor después de escupirme la cara. Misterio de los dioses, ignorancia humana, ¿o quién puede saber?

Subí la pendiente flanqueada por césped perfectamente recortado y plantas con bonitas flores. Un jardinero experto se encargaría de ello. El automóvil nuevo, blanco, grande, flamante, imponía una especie de respeto. Estuve un rato parado, contemplando lo regio. Nadie salió a recibirme.

Era una casa rara, seguramente diseñada por algún renombrado arquitecto. Abundaba el hormigón, el vidrio y las líneas rectas. Había enormes ventanales velados por persianas entreabiertas. Me acerqué y husmeé entre ellas. Igual que el exterior, era magnífico, sobrio, limpio y ordenado.

Algunos vendedores ambulantes, empujan levemente las puertas de entrada, apelando al descuido de los dueños para entrar y ver qué pueden robar. Hice lo mismo, pero no tenía intenciones de llevarme nada. Y simplemente entré.

En el recibidor había un par de tunas, una mesa, un objeto, una lámpara de pie cuya pantalla cubierta por un tul negro me pareció de mal gusto. Allí no había escaleras. Una gran rampa de piedra salvó el desnivel que me condujo al salón y al comedor. Pasé por la cocina sin techo, acompañado por cerámicas y elementos artísticos. Casi no había divisiones interiores, apenas vanos y rampas. Llegué a los dormitorios, al baño y al estudio. Allí sólo existía un lujo austero y el silencio, frialdad y perfección. Abundaba el fino parqué, moqué, maderas nobles o mármol y paredes estucadas. Por rampas menores, volví a la principal que me devolvió al recibidor, terminando mi recorrido frente a la transparente puerta corredera, que llevaba a un fondo de cuidada vegetación, precedido por una gran piscina. Aunque no había un hálito de vida que cruzara aquella casa impecable, sentía como si alguien me observara.

Antes de seguir avanzando, me sorprendió que entre tanta pulcritud, el agua estuviera sucia. Y sobre reposeras, dándome sus espaldas, dos personas descansaban con los brazos a los costados, posiblemente dormidas con las manos acariciando el suelo. En medio, un taburete con forma de enano, sostenía copas y una hielera con su botella dentro. Pensé en lo bien que se sentiría estar ahí, ausente de las miserias del vulgo. El director del hospital iría a su trabajo; se metería en su despacho, lejos de los quejidos de los enfermos, y ocuparía su tiempo en cuestiones dignas e importantes; después, regresaría a su casa, se daría un chapuzón y se sentaría con su esposa para beberse una copa.

Nunca lo podría negar. Pensé en correr la puerta, tomar el taburete de enano por las patas, y asestárselo en la cabeza al director del hospital, tantas veces como fuera necesario. Pero cuando salí decidido a hacerlo, me encontré con un panorama muy distinto al que me había imaginado. El hombre sentado en la reposera, acompañado por su esposa, no era el director del hospital. Se trataba de quien había visto anteriormente conversando con aquél en la vereda, señalando un árbol. Y no era una siesta lo que estaban tomando, sino el descanso eterno. Porque tenían varios agujeros en los cuerpos ensangrentados.

Quedé estupefacto. Di unos pasos atrás, trastabillé, y caí en la piscina. El brusco movimiento que agitó las aguas, sirvió para que se tornaran más turbias aún. Una joven estaba sentada en el fondo, mirándome con la boca entreabierta. Posiblemente, no tuviera más edad que la de mi hijo. Era muy hermosa. Sus largos cabellos rojizos flotaban en ondas. Estaba degollada.

De algún modo, salí tan pronto como había caído. Grité. Entré en pánico. Vi figuras corriendo, figuras macabras moviéndose como reflejos en los ventanales, figuras difusas que se asemejaban al hombre esqueleto de las revistas.

## 8

Busqué un teléfono que había visto en el despacho, y llamé a emergencias. Nunca supe mentir. Aunque parezca tonto, sólo sé decir la verdad. Creo que no entendían bien lo que quería explicar, o en mi nerviosismo extremo, no sabía cómo hacerlo. Después de una eternidad, vinieron a la par, policía y ambulancia. Preguntaron muchas cosas que no pude contestar. Sólo veía rostros extraños y mis manos temblando, como si fueran de otra persona.

Me encerraron. Pensaron que había asesinado a esa familia que ni siquiera conocía. ¿Cómo podría? Es cierto que quería matar al director del hospital y, si hubiera podido, positivamente lo habría hecho. Nunca lo negué. En principio, el impedimento fue que en vez de meterme en su casa, lo hice en la del vecino, que resultó ser un prestigioso juez. Mi relato les resultó demasiado confuso, demasiado delirante y, aunque tardaron muchísimo en discernir los hechos, las pruebas técnicas confirmaron que era absolutamente imposible culparme. De cualquier modo, tampoco podían liberarme, ni dejar de suministrarme medicamentos.

Mi mente se había llenado de horror. En horas de vigilia sentía pánico por nada, creía que un mal enorme se cernía sobre mí, que me hallaba completamente vulnerable. El mundo, podía ser interferido por personajes interdimensionales, capaces de violar las leyes físicas más elementales. Veía a Killing quitándose la máscara en mis sueños. A veces era mi hijo, o yo, o el director del hospital, o el juez asesinado, o la máscara dejaba ver otra máscara igual, y otra más, y otra... hasta que despertaba para ver sombras en las paredes de mi celda, escabulléndose, manteniéndose al acecho. A veces lo percibía como si estuviera durmiendo a mi lado, como una extensión de mí mismo, observándome por fuera y por dentro.

Claro que aquello no era más que locuras producidas por mi mente enferma. Había sido golpeado por la desgracia, había sido débil, caído en excesos, sin la cercanía de alguien que me brindara ayuda y sin el valor para pedirla. Creemos estar seguros en los pequeños límites del universo cotidiano, e ignoramos el abismo que en cualquier momento se abrirá bajo nuestros pies, para en un instante devorarnos.

Gracias al paso del tiempo contado en años, la ayuda profesional y los fármacos específicos para el caso, mejoré. El miedo y las visiones se fueron diluyendo. Los sueños se tornaron serenos. El personaje de las fotonovelas disminuyó en sus apariciones, hasta que en una siesta reparadora, vino a saludarme y a despedirse para siempre, hablando como un hombre sabio:

—Amigo, he abandonado la vida criminal de las décadas pasadas. He muerto y he vuelto transformado, a Dios gracias, después de que pude comprobar lo absurdo que

significan las desmedidas ambiciones materiales, el ansia de poder del ego y su ceguera, más sus penosos entresijos. He vuelto para ayudar a los inocentes, a las víctimas de injusticia, para que encuentren reparo ante el atropello de los poderosos y sus lacayos. Pero tú no debes seguir mis pasos. Cada hombre tiene su destino, y debe cumplirlo de la mejor forma. Por su propio bien y por el de los demás. De lo contrario sobreviene el caos, y jamás hallará respuestas a sus “¿Por qué?”. Amigo, estamos en paz.

De esta guisa siguió pasando el tiempo. Cuando hube demostrado mis avances en cuestiones de salud mental y desarrollo espiritual, recibí una noticia inesperada. El director del hospital, el hombre que para mí había representado la negligencia médica, el hombre a quien había querido asesinar, pidió que le concediera una entrevista. Acepté. Las desgracias pasadas, aunque las recordara, eran como si pertenecieran a otra persona, a un familiar que ya no existía, y de quien había heredado su álbum de fotos. Ya no quería matar a nadie. Sólo deseaba vivir en paz, y transmitirle mi tranquilidad a quien deseara sentarse a mi lado.

Para mayor privacidad, solicitó a los guardias que nos dejaran a solas en mi cuarto. Estos se negaron, pero ante la insistencia y el rango del solicitante, optaron por obedecer. Los guardias eran tipos rudos. Era necesario que así fueran. Aunque conmigo, seguían tomando demasiadas precauciones. ¿Qué le podría suceder a alguien, que sólo quisiera hablar conmigo?

Nos estrechamos las manos y conversamos banalidades. Luego, de a poco, fuimos internándonos en el terreno que mi contertulio quería. Pero antes se sinceró, y me habló de los esfuerzos que realizaba, muchas veces infructuosos, para erradicar las enfermedades de la población. Por mucha voluntad y esmero que uno pusiera, las derrotas eran constantes y las frustraciones lo sacaban de quicio. Daba mucho más de lo que su capacidad le aconsejaba, al punto de temer por su propia salud mental. Le comprendía perfectamente, y se lo hacía notar asintiendo con mi cabeza, dándole la razón, o realizando acotaciones que le gratificaban. Antes de detenernos en el tema de su mayor interés, que era la narración detallada de lo que había visto y sentido en la escena del crimen de su vecino el juez, me confió un secreto. En su calidad de psiquiatra, estaba colaborando con investigadores especializados, para poder identificar un psicópata que dejaba retazos de tela negra en las casas en donde entraba para asesinar a sus moradores.

De forma ordenada y pausada, le ofrecí mi versión de los terribles sucesos, pero sin el menor grado de turbación, salvo en el punto desagradable en que había encontrado los cadáveres. El director del hospital me devolvió las aseveraciones, razones y gratificantes acotaciones. Luego, me recomendó seguir adelante sin bajar la guardia. Tuvo la gentileza de ponerme como ejemplo de superación, y enumeró tantos puntos que teníamos en común. Por último, a modo de excelente método terapéutico, me recomendó que escribiera esta historia. Que lo hiciera como si le hubiese sucedido a otro, si prefería acentuar la distancia. Estrechándome la mano y despidiéndose, agregó:

—Ciérrelo como guste, pero recuerde que hasta el menos sospechoso, puede ser el asesino.

**MI NEGOCIO ES EL ARTE**



# Advertencia primera

Quizás, para comprender mejor esta obra, el lector debiera estar medianamente alcoholizado. Es la vía fácil.

## Advertencia segunda

Trataré de ser modestamente cronológico, pero no perderé la oportunidad de decir lo que pienso, o hacer digresiones o supresiones cuando me dé la gana, y utilizar la palabra “culo” cada vez que haga falta. Que quede advertido.

# Introito longo

En aquellos tiempos, mi interés por organizar un negocio perfecto, había aumentado a niveles impensados mi estado de psicosis. Trazado el esquema general, me embarqué en un proyecto sostenible gracias a la inclinación moral de la gente.

Manos a la obra, me puse a recolectar personajes pasando largas horas sentado en una banqueta, analizando artísticamente incontables exhibiciones nocturnas. Las preguntas que caían desde la pasarela privada, acerca de para qué quería personas que solo mostraran el trasero, forzaban sonrisas y mostraban mis billetes. Cuanto más depravado se es, más se anhela el trabajo duro. Yo sólo quería paseos bien orquestados de nalgas liberadas. Tal cosa les parecía anormal. Estos individuos que vendían su cuerpo por dinero, nada entendían de una actividad que se erigiera aunando las finanzas y el arte en una cosa nueva.

Después de una semana de ardua labor, de descartar rostros bonitos, de hacer caso omiso a pechos esforzados, de despreciar bocas con lenguas afiebradas, di término a la rigurosa selección, quedándome apenas con veinticuatro traseros. Mirando al vacío, realicé los contratos sin siquiera humedecerme los labios.

Pronto comenzaron las funciones. Al principio, apenas una veintena de extraviados aparecía repartida entre las 22:00 y las 2:00hs. Por regla general, nunca dejaba estar más de tres al mismo tiempo sobre la pasarela, porque el trabajo resultaba agotador y, más que querer a mis empleados, necesitaba la salud física y emocional de sus traseros.

Ora me alimentaba, ora ayunaba como un buen asceta: solo importaba el emprendimiento. Ocupaba mi buhardilla y, a través de un ventanuco, disfrutaba de mis obras, pero tomaba notas y corregía errores, en vistas a perfeccionar el desempeño de mis culuedros.

Elementos dispares, como pequeñas burbujas uniéndose para formar una mayor, los clientes acudieron maravillados ante la magia de mis creaciones. El cuantioso público servía de motor para las nuevas funciones. Más que de mis traseros entregados a danzas, piruetas y contorsiones, yo gozaba de las caras atontadas que los contemplaban.

Al tiempo que los actos se volvieron más complejos, hubo incapaces de comprender la evolución de la obra y, espíritus vulgares, la ofendieron intentando echar mano sobre los personajes. Así que llovieron cachiporrazos y para muchos, la entrada al templo fue vedada. Para poder continuar, hube de incrementar los diezmos. Dando pan solamente a quienes tenían dientes, conseguí filtrar y multiplicar, aparte de elevar mis proyecciones.

Siempre me gustó, y cuando se estimulan mis emociones, no puedo parar de cantar. En ese período, yo cantaba hasta quedarme sin aliento, hasta caer rendido en medio de mi escritorio, donde notas y bosquejos se amontonaban hasta dificultar la respiración. Tanta abnegación puesta en mis confecciones, transmitían fielmente al público que todo aquello tendría un fin colosal, que apenas habían visto la lejana nalga de un ano inconmensurable.

Una vez, en la turbia iluminación de mi nocturna eternidad, un rayo de lámparas eléctricas escapó del diestro iluminador y me dio en un ojo. No podría saber si fue producto de la casualidad, pero en ese momento, iluminó mi entendimiento. Las revelaciones son intransferibles, así se comprende que mi nueva obra de arte fuera tomada por el divague de un loco espeluznante.

Incorporé el canto. Definitivamente, con ese toque exclusivo, el calibre se afinaría, y también el selecto círculo de los que tendrían oportunidad de ingresar conmigo al umbral de un arte nuevo, exquisito, innombrable... Ordené interrumpir el desfile de traseros, hice encender las luces, y canté desde mi búnker, para todos:

(Canto aproximado, porque en honor a la verdad, no recuerdo bien)

Acaso, soy  
amantes de las exhibiciones  
apurad el paso  
sólo él y ninguno y  
adeptos modestos  
de la mano de un vil farsante  
que está delante del que es

Aguantar todos estos años  
haber visto el interior  
de una jaula voluntaria  
que el Empresario me regaló  
llena de curiosidades  
aumentando la suerte se llenó

Capitales de primer orden,  
razones para la ocasión  
un público siempre entrante  
y un público nunca saliente  
claro en cuarenta días  
oscuro en la eternidad  
el Empresario se llenó

Después de cantar esta canción libre que brotó de mis entrañas, bajé por una escalerilla y me dirigí hasta el escenario donde hacía unos minutos la ansiedad y el furor

habían rodeado los traseros disfrazados. Me estiré en puntas de pie cuan largo era y, de golpe, caí supino a no pensar por horas.

Cuando dejé de hacerlo, me puse a meditar sobre la próxima obra, aunque sentía náuseas, porque mis pensamientos eran como si alguien alzara la vista en mi lugar, para mirar amables traseros que habían adquirido personalidad y, cuando creía que era yo, una sombra blanca cruzaba fugaz, ocultándose entre el decorado. Después, no sentí nada.

Cuando desperté al día siguiente, impartí enérgicas órdenes. Estaba hambriento y sediento, más que de goces estéticos, de carne, pan y vino. Ya tenía claro cuál sería el final, preámbulo de un arte sin par, inadecuado para quien recurriendo a la estafa de su libre albedrío, optara por seguir siendo humano. Comí satisfecho de saber que se avecinaba la consecución de mi más alto objetivo.

Sin horario fijo, los fanáticos se fueron acodando sobre las pasarelas o en la postura que el apretujamiento lo permitiera, sin quejarse, así los pies les picaran y no se los pudieran rascar. Los elegidos, sabiendo que también eran participantes y no sólo espectadores, imaginaban distintas posibilidades del show, aunque supieran que transcurridos los primeros movimientos, ya todo se tornaría inimaginable... Acaso los personajes de una novela sepan lo que están haciendo.

Así fue:

# Opus

Del contacto con dos culos de los costados, abriéndose a noventa grados sobre la primer fila, la tercera compañera de un cuarto culo, exigió gritando, la ayuda de un sexto disfrazado de magnate. Las ingles temblorosas, y el pequeño haz de luz iluminando los huesos de la portadora del quinto culo, hicieron llorar a varios asistentes que pedían con alaridos más anestesia. En medio de una llovizna largada por regaderas sobre la platea, se habían librado las primeras batallas de empujones, surgidos de largo tiempo atrás, cuando recién se preparaban los primeros shows. Era algo previsible, porque los seres debían liberarse de los instintos más bajos antes de entrar en la penumbra de la elipsis que se avecinaba.

El culo disfrazado de magnate tuvo un desmayo al ver el nacimiento del séptimo culo, y cayó en un sueño profundo que todos pudieron ver, representado por medio de una divertida charla cargada de contenido intestinal, por parte del octavo y noveno culo. El undécimo, se asomó entre bambalinas anunciando el estado de la obra a medida que avanzaba.

El duodécimo, que se hallaba camuflado entre el extático público, tomó el hilo del estado dándole un giro importante, agregando más personajes que no eran visibles, y ubicando al magnate de forma figurativa, con menciones a un baño público, acusándolo de fingir recato de mingitorio. Entre tanto, el decimotercero culo recalca todo con un gran trompeteo de nalgas.

El undécimo culo se salió un poco de guión, pero creo que enriqueció la tonalidad de la obra, pues si todo hubiera salido como se había planificado, es decir, a la perfección, pese al furor generalizado, yo hubiera sentido ciertos microbios de frialdad, pequeños seres que nacen de todo lo premeditado en exceso. Cayó de rodillas frente al duodécimo culo, y no quedó clara la intención, efecto subliminal con un centenar de matices dentro de las mentes de los concurrentes. De eso se encargaron los culos disfrazados de periódicos, que agitaron sus páginas para dar a entender que la noticia les pertenecía, que nadie se las podría quitar.

Entre el decimoquinto y el decimonoveno culo, se conformaba un mundillo obsoleto, anodino, pero muy respetado por los ejércitos de mediocres que admiran el aparente esplendor, humor melancólico de glandes, que había quedado rezagado en las últimas filas. No eran importantes, aunque sus miradas atónitas, de hombres de poca fe, en parte me molestaban.

Después que los guardianes sofocaron algunas revueltas, el vigesimocuarto culo hizo pasar inmediatamente a todos los culos que le antecedían al frente del escenario, seguramente, por miedo a que el show se arruinara. La obra se adelantó unos cuantos

minutos, problema que se resolvió más tarde mediante la suma de los retrasos de los últimos culos que se habían puesto nerviosos por el remate que debían dar al espectáculo, que podía jugar tanto de catarsis como de catalepsia.

En algún momento en que habíamos perdido el sentido del tiempo, sobrevino el milagro:

Tres culos del público subieron al escenario, y comenzaron a bailar y a cantar la misma canción que yo había cantado.

Abajo del trío, nuevamente se acentuaba la confusión, y ciertos roces encendían la violencia. Algunos que sabían tomarse las cosas en serio, se las estaban tomando; otros se consolaban el piadoso ánimo de lo que probablemente fuera su tristeza de hambre de culo insatisfecha, juntando sus palmas y rezando; los más avanzados, a punto de efectuar una explosión de pedos con furia, ayunaban.

El disfrazado de magnate, interpretando genialmente su papel, se desprendió del número, e inició una diatriba castigando la poca voluntad del público congregado, que, aunque falsa, surtió efecto.

Luego, añadida la sed de arte sin que nadie lo notara en el agua de las regaderas, la ira del hombre bien nacido alguna vez, se hizo presente.

Tratando de rebatir la afirmación del trío, un asistente con cara de ayunador — hacía años no comía por puro placer espiritual, y alababa su noble gran olvido de sí mismo—, alzó un frasco de anestesia con un chivo blanco dentro y se lo partió en la cabeza a un culuedro equivocado, que solo sirvió para que las dentelladas se manifestaran en procura de carne y arte. Tal era el hambre.

Justo a tiempo, el culo veinticuatro se ahorcó de una viga, pero en seguida fue echada abajo por el público que deseaba chupar el número veinticuatro, procurando así algo de materia moldeable, acaso pensaran que la materia de mi negocio se iba a acabar temprano. Tal la ansiedad del ignorante.

El asistente de la máquina de humo, colocó la garrafa con gas de la risa y pulsó el botón verde. El batir de almas apretadas, aceptó el evento con gusto. Los intestinos jocosos, desplazaron lo sutil por el recto camino, y no tardó en atravesar el anillo, como corolario de felicidad.

A los elegidos, les era imposible luchar contra aquella euforia artística, contra aquella inhumana carcajada imitadora de arte, que no podía escapar del túnel ofrecido por mi comercio, que transportaba hacia los cielos tremulentos de la fe fecal.

Todos aceptaron la llama de la gloria con devoción.

Si me hubiera quedado, no podría haber seguido creando. Yo soy el empresario emprendedor y nada más. No puedo atender la filantropía para desatender mi negocio. En el comercio sólo existen números, y no obras de caridad.

El público final, al fin se había calmado, y se mostraba desnudo, un poco tiznado. Al parecer, las fotografías de la policía técnica, hicieron sollozar a los científicos, aunque los jueces sólo pusieron caras de asco. Cualquier vecino socorrista o bombero voluntario, podía acercarse a los cadáveres culo, e inconscientemente convertirse en una nueva clase de espectador. El efecto subliminal, el efecto a largo plazo, el que a mí me interesaba, estaba asegurado...

## Epílogo exiguo

Unos años más tarde, cansado de crear sin poder exponer mis obras, sin siquiera poder plasmarlas adecuadamente, con el único consuelo de acordarme de mis negocios, me enteré que otros empresarios seguían mis huellas con respeto, y muchos con éxito. A veces llegaban hasta mí en busca de consejos, haciendo preguntas. No los escuchaba, acaso, ¿debía haber razones o alguien capaz de hallarlas?